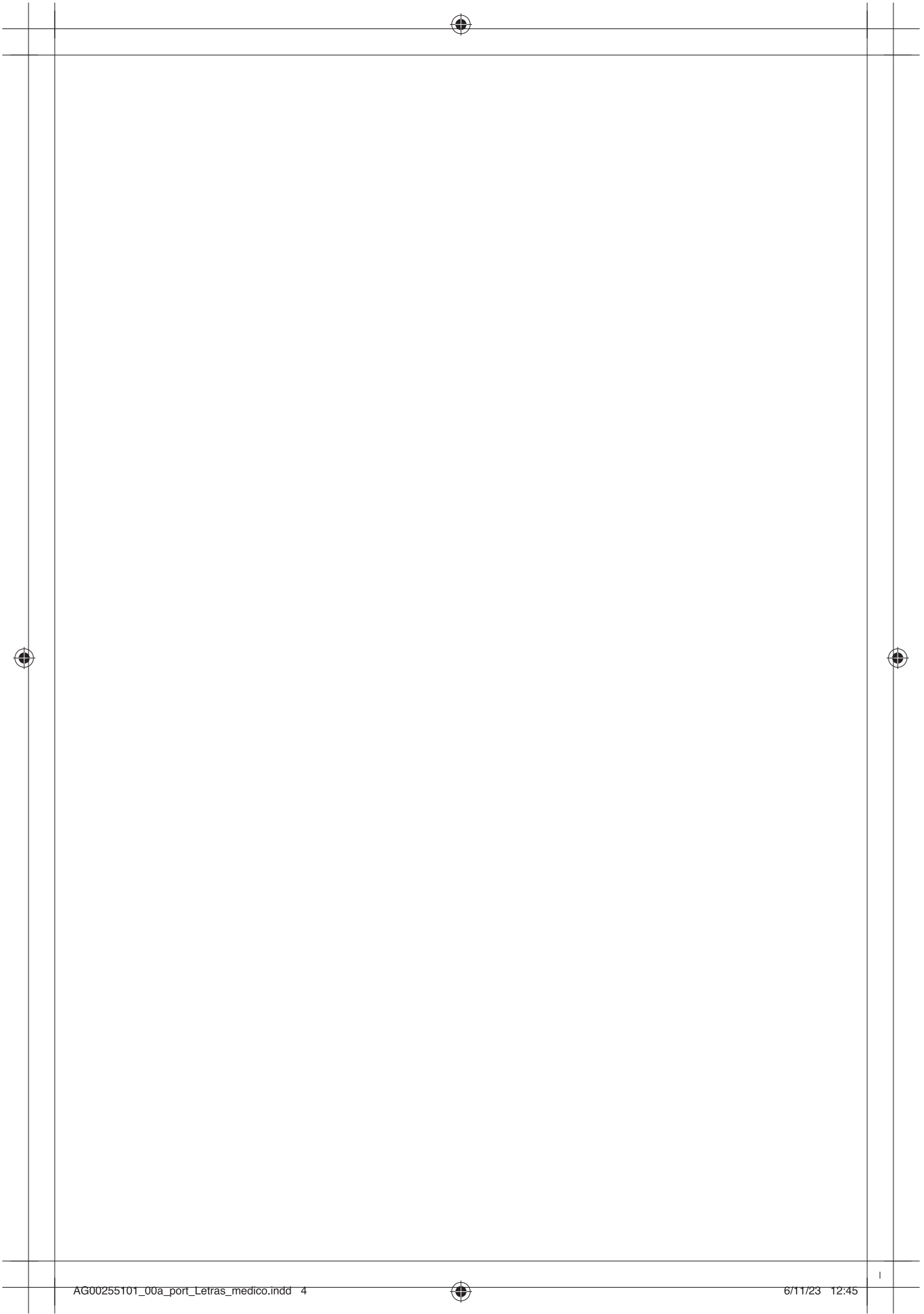


# **Letras de médicos**

**Médicos escritores  
y escritores médicos**



DIVULGACIÓN

# Letras de médicos

**Médicos escritores  
y escritores médicos**

FRANCISCO GALLARDO  
ISMAEL YEBRA

algaida



Diseño de cubierta: [www.agustinescudero.com](http://www.agustinescudero.com)

Primera edición: 2023

© Francisco Gallardo y herederos de Ismael Yebra, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-885-6

Depósito legal: SE-1978-2023

Impreso en España-Printed in Spain



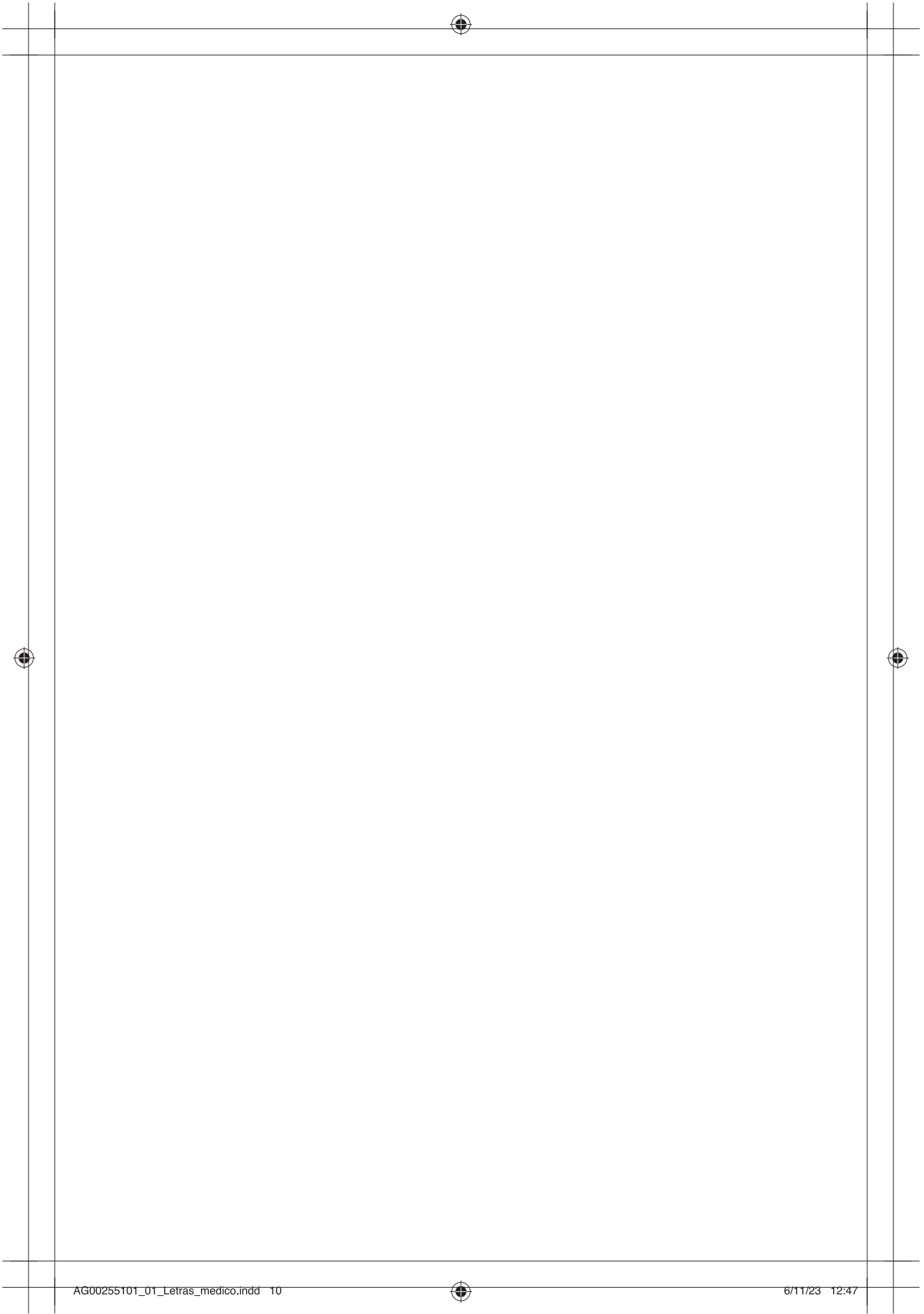
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Prólogo del editor . . . . .	11
Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930). El médico de Sherlock Holmes . . . . .	13
Antón P. Chéjov (1860-1904). El amante de la literatura . . . . .	23
William Carlos Williams (1883-1963). Escritor de consulta . . . . .	39
Gottfried Benn (1886-1956). Poeta de la morgue . . . . .	47
Gregorio Marañón (1887-1960). Un renacentista en el siglo XX . . . . .	59
Rogelio Buendía (1891-1969). Poeta secreto . . . . .	73
Carlo Levi (1902-1975). Médico en Éboli . . . . .	81
Miguel Torga (1907-1995). Los milagros de la elección . . . . .	89
Luis Martín-Santos (1924-1964). Sombría carcajada del destino . . . . .	99
1. La vida breve, la muerte rápida . . . . .	101
2. Martín-Santos versus Juan Benet . . . . .	113
3. Martín-Santos versus Castilla del Pino . . . . .	125
4. La huella escrita . . . . .	137

Arthur Schnitzler (1862-1931). Un médico del lenguaje	149
Pío Baroja (1872-1956). Don Pío, médico . . . . .	189
1. Estudiante en Madrid. . . . .	191
2. Estudiante sin vocación . . . . .	197
3. Un médico rural . . . . .	213
4. El escritor panadero . . . . .	223
5. Pío Baroja, ¿médico? . . . . .	227
6. El final. . . . .	235
William Somerset Maughan (1874-1965). El espía que escribía novelas. . . . .	237
Rita Levi-Montalcini (1909-2012). Una sublime imper- fección. . . . .	255
Nawal El Saadawi (1931-2021). La forja de una rebelde	273
A manera de epílogo. ¿Escritores médicos o médicos escritores? . . . . .	297

*Para Victoria y Mamen, porque sin  
ellas no hubiera sido posible este libro y  
tantas cosas...*







## PRÓLOGO DEL EDITOR

Mi nombre es Ricardo, y para el que no me conozca, soy el propietario del kiosco de prensa de la Alfalfa. Mi kiosco es un punto de encuentro para los vecinos, allí nos reunimos y hacemos tertulias de todo tipo, poniéndonos al día de todo lo que pasa en el barrio.

La historia de este libro comenzó una noche en la que mi mujer y yo quedamos para tomar algo con Ismael y Victoria, su mujer, en La Espero Te Esquina, conocida en el barrio como Casa Pedrito, que falleció recientemente (D.E.P). Allí coincidimos con Paco Gallardo y Mamen, su mujer. A Paco lo conocía hacía poco tiempo, apenas de pasar de vez en cuando por el kiosco a comprar el periódico, y solo sabía de él que era médico deportivo y que trabajaba como tal en el gimnasio Sato Sport. En ese encuentro los presenté como colegas. Paco era más callado, al contrario que Ismael, que como sabemos todos los que lo conocimos, era lo que se dice un *relaciones públicas*.

Yo desconocía la afición de Paco por la literatura y la escritura, pero Ismael no tardó ni dos minutos en darse cuenta, los mismos que tardaron en empezar a hablar de literatura.

Hay personas que están destinadas a conocerse y Paco e Ismael eran de esas, fue como un flechazo a primera vista. A partir de entonces coincidíamos los viernes en el bar La Trastienda o bien en la Bodega de Pepe, hermano de Ismael. En dicha tertulia también eran asiduos Bibiano Torres (D.E.P.), Antonio Cano, Manolo Castillo, Juan Lamillar, Pepe Yebra y yo.

Es allí donde surgió la idea de escribir este libro. Ismael se puso manos a la obra rápidamente. Cuando Ismael empezaba algo, no paraba hasta acabar. Por el contrario, Paco iba a otro ritmo. Se entremetía con otros trabajos, sobre todo, con sus novelas.

En aquellas tertulias yo le presionaba a Paco para que le acabara, obligándolo a poner fecha para terminar su tarea, que incumplió en varias ocasiones. Tan pesado me puse que me nombro su «editor», y cada vez que me presentaba a un amigo, como por ejemplo Paco Correal, me presentaba como su «editor».

Ahora llega el momento de su publicación y, como dice el refrán, nunca es tarde si la dicha es buena.

Espero que Ismael esté satisfecho con el resultado. Hasta ahora nunca nadie había conseguido que escribiera algo. Muchas gracias, Paco, por ofrecérmelo. A Ismael por inspirarme y a Victoria por corregirme.

Ricardo Jiménez Alés



SIR ARTHUR CONAN DOYLE  
(1859-1930)  
EL MÉDICO DE SHERLOCK HOLMES

Si Conan Doyle no hubiera sido médico, no habría existido Sherlock Holmes. Al menos, no habría sido tal como lo hemos conocido. Nunca hubiéramos tenido la dicha de poder disfrutar de él y de Watson, observador y calculador uno, realista y mundano el otro. El resultado hubiera sido totalmente diferente y, sin duda, más discreto y vulgar. Holmes no hubiera pasado a la Historia como el primer detective deductivo ni sus métodos habrían logrado hacerle salir de la vulgaridad. Habría sido un detective sin pena ni gloria, uno más de los anónimos héroes de novela negra que no van más allá de los folletines de finales del XIX. Otro de los muchos personajes literarios que nunca habrían logrado entrar de lleno en la Literatura. Sí. Así. Con mayúsculas.

Sherlock Holmes, aparte de su tirón popular, forma parte de la Historia de la Literatura no solo local, sino universal. Holmes es un ídolo, un icono, una creación literaria que ha logrado traspasar los límites de la irrealidad, haciéndose patente y presente cuando uno deambula por los escenarios de sus andanzas y por la estética de una época, la victoriana,

que se ve fielmente reflejada en las venerables figuras de Holmes y su inseparable Watson. Lo mismo que se intuye la presencia de don Quijote al pasear por los pueblos de La Mancha, a pesar de que, en realidad, nunca pasó por allí, se palpa la presencia de Holmes por las calles del Londres histórico y se adivina su apartamento en Baker Street, aunque el 221B no existía y lo que encontramos ahora es un solar en espera de ser edificado.

La personalidad del detective es tan fuerte que incluso ha dado lugar a un adjetivo, *holmesiano*, para definir un tipo de narrativa y una estética que bastan por sí solas para que se sepa de lo que hablamos. Pocos son los héroes literarios que han llegado a conseguirlo. Utilizamos palabras como senequista, quijotesco, cervantino, teresiano, juanramoniano, cernudiano o lorquiano como forma de reconocer una personalidad definida que los identifica con un estilo y una manera de escribir perfectamente diferenciadas. Lo mismo pasa con Holmes.

Arthur Conan Doyle nace en Edimburgo (Escocia) el 22 de mayo de 1859 en el seno de una familia católica que, a los diez años, decide enviarle a estudiar al colegio jesuita de Hodder. Este centro se traslada dos años más tarde a una mansión medieval, Stonyhurst, edificio que servirá de inspiración a Doyle para el escenario de alguno de sus episodios, sobre todo *El perro de los Baskerville*. Toda obra literaria tiene un trasfondo autobiográfico, un conjunto de experiencias y vivencias personales que sirven de base a elucubraciones posteriores. Pero no solamente encontró en este edificio el decorado para recrear el ambiente de sus novelas, sino alguno de sus personajes. Condiscípulo suyo era un tal Patrick Sherlock, al igual que dos hermanos apellidados Moriarty. Estos últimos eran grandes matemáticos y de ellos viene la afición a las Matemáticas del personaje de sus novelas del mismo apellido. No es que

Doyle sintiera aversión por las Matemáticas, sino que vio en estos superdotados para tan pragmática ciencia las mentes apropiadas para recrear ese personaje cerebral e implacable como representación del mal. Para que el mal logre su objetivo debe contar con la inteligencia. Holmes valoraba enormemente a su oponente y, de hecho, nunca logró vencer del todo a Moriarty ni deshacerse de él.

La personalidad de Doyle se va fraguando en estos años infantiles y adolescentes dentro de la educación jesuítica. Con dieciséis años se traslada a una escuela de la Compañía de Jesús en Austria, enviado por sus padres con la idea de que aprendiese alemán. El propio Doyle afirma al cabo de los años que conservaba una buena opinión acerca de los jesuitas y «de la senda que me trazaron; ahora veo tanto sus limitaciones como sus virtudes». Son frecuentes las escalas en París con su tío abuelo Michael Conan cuya personalidad le impresiona. Se trataba de un hombre que, a pesar de su edad, conservaba el espíritu aventurero y su amor por lo exótico y los viajes. Ello influirá de manera decisiva en el joven Arthur, así como en sus aficiones y su posterior obra literaria.

Hasta aquí vemos el germen de toda una obra de ficción. Un edificio medieval capaz de invocar un clima misterioso, unos personajes peculiares, Patrick Sherlock, los hermanos Moriarty, el viajero y aventurero Patrick Conan. El resto vendría de la mano de sus estudios de Medicina. Se matricula en la Facultad de Edimburgo en 1876 y se licencia en 1885. En Edimburgo, comenta Doyle, «no existía el menor conato de amistad, ni siquiera de trato normal, entre profesores y alumnos. Todo discurría en un plano estrictamente práctico». Sin embargo, el estudiante Doyle parece haber roto esta distancia con los profesores. En su profesor de Química, el extravagante Crum Brown, se inspira para crear el personaje del doctor

Challenguer. Allí conoce al doctor Hoare, de Birmingham, cuya clientela está llena de delincuentes y mendigos. Trabaja con él como ayudante rellenando frascos de medicamentos recetados y vendidos por el propio doctor, ya que él mismo dispensaba las medicinas que prescribía a sus pacientes. De todo ello se nutrirá Doyle posteriormente a la hora de la ambientación y la creación de numerosos personajes y situaciones que veremos reflejadas en sus relatos.

Otro personaje curioso es el catedrático de la Facultad de Medicina de Edimburgo, Joseph Bell. Alto, delgado, fibroso, de brazos y piernas largos, ojos grises de mirada directa y profunda, que caminaba de una forma peculiar dando saltitos. ¿No vemos en él la fisonomía del detective y su propensión a las excentricidades? No hay duda de ello. Cirujano habilidoso y poseedor de un gran ojo clínico, Bell era especialmente agudo a la hora de diagnosticar a los pacientes. No solo se conformaba con explorar los síntomas médicos, sino que gustaba de adivinar su carácter y las circunstancias personales. Con él estuvo un curso atendiendo pacientes externos, estableciéndose entre ambos una relación más cercana que con el resto de alumnos. Vemos aquí las bases del método deductivo seguido después como norma por Sherlock Holmes. Al fin y al cabo, los médicos hacemos eso a diario: deducir para elaborar el juicio clínico y orientar las posteriores exploraciones hasta llegar al diagnóstico.

Ante la necesidad de conseguir algún dinero para sobrevivir al tiempo que ayudar a su familia e impulsado por un amigo que le elogiaba sus cualidades literarias al escribir una simple carta, se anima a escribir. Doyle confiesa que nunca creyó ser capaz de escribir algo decente, pero se animó a hacerlo tras la opinión de su amigo, «poco dado a la lisonja». Escribió un pequeño relato de aventuras, *El misterio del valle*

*de Sassasa*, que fue aceptado por *Chamber's Journal*, por el que recibió tres guineas. En 1879 escribió *El relato del americano*, que fue publicado en la *London Society*, por el que también recibió un pequeño cheque.

A partir de 1881 colaboró de forma asidua en el *Strand Magazine* con narraciones de Sherlock Holmes. Al finalizar sus estudios de Medicina abre consulta en Portsmouth y sus escasos ingresos son compensados con sus relatos publicados en prensa. No fue precisamente un médico brillante. Tal vez su mente estaba en otro sitio más allá de ejercer la medicina a tiempo completo. Se casa con Louise Hawkins y ello supone su alejamiento de la Iglesia católica y su acercamiento al espiritismo. En la Navidad de 1887 aparece *Estudio en escarlata* y tres años más tarde *El signo de los cuatro*. Comienza la *gran tragedia* de Doyle: su relación de amor-odio con Sherlock Holmes. Él prefiere escribir novelas históricas, pero los lectores demandan más entregas de Holmes. Es un caso claro de ejercicio de la literatura sirviendo a otros intereses ajenos a la vocación personal. No acababa de disfrutar Doyle escribiendo por encargo, obedeciendo a la demanda de los lectores más que a las propias inclinaciones.

Los episodios del detective son todo un éxito, al tiempo que su consulta es un absoluto fracaso. Heredero del espíritu inquieto y viajero de su abuelo, no resulta fácil imaginar a Conan años y años sentado en una consulta médica atendiendo un paciente tras otro. Comienza en Doyle el dilema que, con frecuencia, surge en los médicos escritores: ¿Medicina o Literatura? La solución a ello no es fácil. Sin lugar a dudas, la respuesta está en la experiencia y las circunstancias personales. En este contexto podríamos situar lo ocurrido en la clínica Koch de Berlín. La esposa de Doyle padecía tuberculosis y el doctor Robert Koch acababa de descubrir el bacilo que lleva

su nombre y que es el agente causal de la enfermedad. A su clínica acudían numerosos enfermos de tisis y allí decide Doyle llevar a su esposa. Sufre un gran desencanto. Es testigo de la gran afluencia de pacientes a la clínica Koch, a la vez que constata la nula eficacia de los métodos empleados como terapéutica. Sin embargo, no dejan de prescribirse con un afán lucrativo y exclusivamente comercial. El 17 de noviembre de ese año publica en la prensa londinense un valiente artículo en el que critica esas falsas expectativas. Idéntica experiencia tuvo Chéjov durante su estancia en la clínica alemana a la que acudió por la insistencia de Olga, su esposa.

Viaja a Viena con su mujer en 1891 con el fin de especializarse en Oftalmología. De regreso a Londres, en contra de los consejos de su familia, abre una consulta médica en las inmediaciones del Museo Británico. Sus allegados le recriminan que se empeñase en ello, precisamente cuando su carrera literaria iba viento en popa. El tiempo pondría las cosas en su sitio y terminaría aclarando dudas. La consulta iba mal, el doctor Doyle no lograba clientela. El Arthur Conan Doyle escritor, en cambio, ganaba dinero fácilmente.

La enfermedad pulmonar de su esposa le hace desplazarse a Suiza en busca del aire sano de las montañas. Allí, los paisajes alpinos le sirven de fondo para *El problema final*. Su fama le hace ser invitado para dar conferencias por Estados Unidos en 1894, año este en el que también viaja por Egipto. En 1900 le vemos participando y criticando duramente el comportamiento británico en la guerra de los Boers. A pesar de ello, por su labor humanitaria, ese mismo año es nombrado *Sir* por el rey Eduardo VII, poco después del fallecimiento de la reina Victoria.

A pesar de su interés por viajar y publicar libros de viaje y novelas históricas, Doyle parecía encontrarse en un callejón



sin salida. No obstante, sigue adelante con la producción literaria que realmente le gusta: la novela histórica y la literatura de viaje. Fruto de su admiración romántica por la Revolución francesa y por la expansión napoleónica, es su biografía sobre Napoleón que se intuye en su narración romántica titulada *La gran sombra*. Igualmente, en esta época y en este contexto histórico se incluyen los dieciséis relatos que integran las *Hazañas y aventuras del brigadier Gerard*. En opinión del crítico Alfredo Lara, «si para la novela policiaca Doyle es una referencia obligada, ciertamente también lo es en el campo de literatura de aventuras, y su firma solo pesa “un poquitín” menos en un tercer campo: el de la novela histórica». En este campo de la novela histórica se incluyen las aventuras medievales de *Sir Nigel* y su obra *Los refugiados* que se inicia en la Francia de Luis XIV y, siguiendo los destinos de una de tantas familias de hugonotes que se vieron obligadas a huir de la persecución religiosa, termina en el Canadá colonial.

Merece la pena destacar su colección de relatos médicos reunidos bajo el título *La lámpara roja*. El propio Conan Doyle nos dice en el prefacio que «la lámpara roja, en Inglaterra, es el indicativo de que el médico de cabecera está pasando consulta». Añade Doyle que «no es posible escribir a la ligera acerca del ejercicio de la medicina. A los médicos y cirujanos —continúa Doyle— se les hace cargo del lado más oscuro de la vida, pero también les es dado ver cosas hermosas como la entereza de carácter o el heroísmo, el sacrificio o el amor».

Aunque con lo que realmente disfruta Doyle es escribiendo sobre estos temas, sigue preso de su éxito. Se ve abocado a seguir adelante con nuevos casos de su detective y en 1903, inicia una nueva serie que titula *El regreso de Sherlock Holmes*. Esto durará hasta 1917, año en el que sale a la luz el episodio

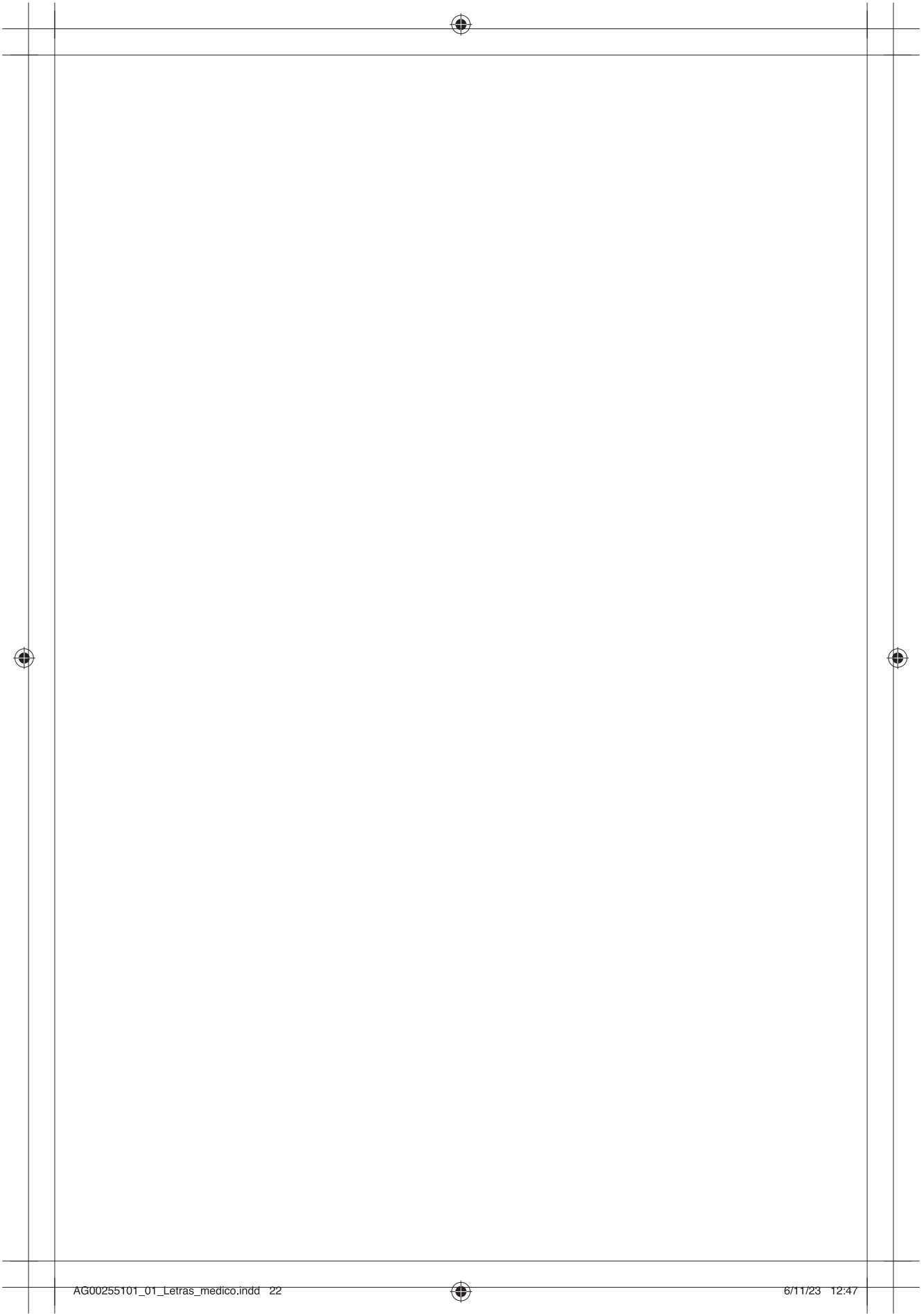
titulado *Su último saludo en el escenario*. A partir de estos ocho relatos, y hasta su fallecimiento, dedicaría todos sus esfuerzos a investigar y publicar temas de espiritismo. Por medio habían quedado experiencias personales tales como la muerte de su esposa Louise, acaecida el 4 de julio de 1906, su nuevo matrimonio con Jean Leckie (el 18 de septiembre de 1907), sus campañas a favor de la ley del divorcio, sus narraciones con el doctor Challenger como protagonista (pleno de rasgos autobiográficos) y sus viajes como corresponsal de guerra a los frentes británico, francés e italiano.

Estaba convencido de que era lo que tenía que hacer. Intenta librarse de Sherlock Holmes. Por mucho dinero que le aportase, no se siente realizado como escritor publicando por entregas episodios del popular detective. Intenta matarlo. Lo hace despeñarse por una cascada alpina de la mano de su enemigo Moriarty y dar así por finalizadas *Las aventuras de Sherlock Holmes*, pero de nada le sirve. La insistencia del director del periódico ante la presión de los lectores que siguen demandando relatos, terminan por hacerle recapacitar y volver a resucitar a su detective. Esta vez será Watson quien se haga portavoz del denominado *El archivo de Sherlock Holmes*. Se recogen aquí casos antiguos de Holmes, recordados y contados por su amigo y fiel secretario, el doctor Watson. Esto ocurre en 1927, tras siete años de silencio *holmesiano*, pero Doyle dejará bien claro una y otra vez, que Sherlock Holmes estaba muerto y bien muerto. Que no había salido con vida tras despeñarse por una cascada en los Alpes suizos.

Sus últimos años transcurren cómodamente en su casa, dedicado a la lectura, rodeado de libros y objetos exóticos fruto de sus innumerables viajes y su pasión por las antigüedades y el animismo. Dos años antes de morir, en 1928, realiza el cuarto y último de sus grandes viajes: sale de Southampton

con su esposa y sus tres hijos vía Madeira y Cabo Verde, hasta llegar a Ciudad del Cabo. Una vez allí, recorre Sudáfrica, Rhodesia, Mozambique y Kenia, regresando por el Índico y tras pasar el Canal de Suez, arriba a Malta y de allí a Francia. Cinco meses de viaje que narra en su obra *Nuestro invierno africano*, el tipo de literatura de viajes con el que se sentía realizado como escritor. Anteriormente había viajado por Australia, Estados Unidos y Canadá. Aparte de escribir sobre estos viajes, daba conferencias con la idea de transmitir las ideas espiritistas de las que se sentía tan imbuido al igual que numerosos intelectuales de la época.

Los viajes, la lectura placentera, la literatura como realización plena y evasión tras el éxito. Así, felizmente, transcurren los últimos años de la vida del doctor sir Arthur Conan Doyle. El siete de julio de 1930 muere en su casa, sentado en un sillón, mientras miraba al jardín. Sin duda tuvo un final más plácido que el que le asignó a su odiado Sherlock Holmes. La estela de este le perseguirá siempre. No quedará en la historia como autor de novelas de viaje o novelas históricas, tampoco como un oftalmólogo prestigioso. Sí pasará como el creador de uno de los personajes universales que, a través de la ficción, llegan a ser inmortales. La pareja formada por Holmes y Watson no morirá nunca, entre otras cosas porque nunca existieron.





ANTÓN P. CHÉJOV  
(1860-1904)  
EL AMANTE DE LA LITERATURA

No siempre se llevan bien la vocación médica y la literaria. Lo más frecuente es que una acabe anulando a la otra, si no del todo, que una de ellas termine reducida a un hecho anecdótico. Pero si existe una persona en la que ambas actividades se den de forma *quasi* equilibrada o, al menos, en la que se vislumbre permanentemente el interés porque ambas sigan adelante de una forma equiparable, ese personaje es el ruso Antón Chéjov. Por encima de sus ocupaciones literarias, Chéjov siempre se sintió, antes que nada, médico. Él mismo llegó a escribir: «La Medicina es mi mujer legal; la Literatura, mi amante». Nadie ha sabido decir mejor en una frase lo que para otros, no solo médicos, sino todos aquellos que se han visto obligados a desempeñar otra profesión ajena a la literatura, ha sido un auténtico calvario. Quizás el mérito de Chéjov haya sido el ser capaz de conjugar esas dos profesiones.

Por regla general, la cuerda se ha roto siempre por la parte de la Medicina. Chéjov, en cambio, supo aunar las dos actividades siendo consciente de que cada una beneficiaba a la otra. Por encima de todo, nunca dejó de sentirse médico. Y

muy eficiente, por cierto, como profesional de la salud, según se desprende de sus biógrafos. Si otros médicos escritores, como por ejemplo Conan Doyle, apenas sí lograban pagar el alquiler de sus poco concurridas consultas, Antón Chéjov vivía de su actividad médica y era, incluso, *perseguido* por los pacientes que le demandaban sin cesar su atención profesional.

Chéjov es, ante todo, aparte de un magnífico narrador, un gran conocedor del ser humano. Esa humanidad se transparenta en su obra literaria, en su actividad médica y en su propia existencia. Su biografía está repleta de humanidad. A él, más que nada, le interesa el hombre. El ser humano íntegro. Da la impresión de que al escribir pretende contribuir a la sanación propia y ajena desde el punto de vista del espíritu. ¿La literatura como redención? No seré yo quien intente resolver esa cuestión. Pero sí me atrevo a preguntar: ¿Es posible considerar el ejercicio literario de una forma exclusivamente profesional o técnica? ¿Puede ser considerada arte la literatura, en sí misma, de forma ajena al ser humano y a la sociedad? Hay quien piensa que sí. Que la literatura es algo así como una ciencia pura, una esencia en sí misma. Para mí eso es el arte de juntar palabras. No existe más que un tema literario: el hombre, y su posición en el mundo y ante el mundo. Lo demás es un coleccionismo de símbolos escritos, sin duda de menor belleza que la pintura o la música.

Nacido el 17 de enero de 1860 en la pequeña ciudad portuaria de Taganrog, Antón Paulovich Chéjov es el tercero de siete hermanos: cinco varones y dos mujeres. Procedente de familia modestísima, su abuelo era siervo de la gleba dentro de la sociedad casi feudal existente en la Rusia zarista; tras comprar su libertad, su padre se convierte en un pequeño comerciante que regenta lo que podríamos llamar una tienda de

comestibles en cuya puerta podía leerse el rótulo: «Té, azúcar, jabón, embutidos y otros artículos coloniales». Personaje curioso donde los haya, el padre de Chéjov era amante del arte, violinista de oído y muy religioso... a su manera. Mal negociante antes que nada, no encontró en su mujer ese equilibrio que pusiera un poco de freno a sus excentricidades. La madre de los Chéjov era una mujer sumisa y apática, en la onda del modelo de matrimonio de la Rusia del siglo XIX.

Ante tal panorama familiar es fácil adivinar el caos por llegar. Antón siente la vocación médica a los quince años tras una grave peritonitis que le obliga a estar internado unos días. El trato ejemplar recibido por parte del médico que le trató le hizo inclinarse decididamente por los estudios de Medicina. Este germen, sin duda, estaba presente en la personalidad de Chéjov y fructificó ante la presencia de un médico ejemplar, una actitud profesional que el futuro médico humanista fue capaz de captar desde el primer momento. Se matricula en la Facultad de Medicina de Moscú en 1879, lugar en el que residía su familia al haberse trasladado ante el acoso de los acreedores. La situación familiar era caótica. Su padre, que nunca estuvo muy bien desde el punto de vista psíquico, se mostraba cada vez más desequilibrado. Su hermano mayor, Alexander, contable de profesión, se marcha pronto de casa y se entrega a la bebida. Nikolái, el segundo, se dedica a la pintura, sin aportar nada a casa. Sus hermanas, como su propia madre, se dedican a las tareas de hogar. Su hermano Iván estudia para maestro y el más pequeño, Mijail, es un niño ajeno a la complicada situación familiar.

Con solo diecinueve años, y ante semejante panorama, Antón se ve obligado a tomar las riendas de la familia. Se echa encima la responsabilidad familiar y se da cuenta de la necesidad del dinero para poder vivir. No obstante, siempre muestra

un interés moderado por él. De tan larga familia, unos por su condición, otros por su corta edad, Antón es el único que parece tener las ideas claras. Y esa claridad de ideas le acompañaría ya hasta su muerte. A modo de curiosidad, hace unos meses atendí en mi consulta a una paciente moscovita. Al ver mis libros de autores rusos en los anaqueles, de forma decidida comentó: «De todos esos, el único que estaba bien de la cabeza era Chéjov. Precisamente era médico... igual que usted». Me llamó la atención semejante y espontáneo comentario. Entre los libros que allí había estaban autores como Tolstói, Leskov, Dostoyevski, Gogól, Turguénev, Pushkin... a los que mi paciente definió, sin ambages, como *zumbados*. Y utilizó esta palabra tan definitoria como inaccesible a algunos extranjeros. Recordé la capacidad de aprendizaje de los rusos y eslavos en general que, en poco tiempo, son capaces de dominar un idioma, el castellano, que para otras personas resulta escabroso. No solo conocía la *jerga* esta rusa moscovita, sino que además hablaba perfectamente castellano en poco más de un año de residencia en España.

*Zumbados*. Me pareció un poco dura la expresión, incluso gratuita. Pero si uno compara las circunstancias de Chéjov con otros clásicos rusos y sus biografías, sin duda la mayor parte estaban un poco, si no *zumbados*, sí al menos algo *tocados*, como decimos vulgarmente los andaluces. Chéjov, en cambio, a pesar de las nefastas circunstancias familiares, siempre estuvo en su sitio. Nunca perdió la cabeza a pesar de los condicionamientos familiares, sociales y personales, ni siquiera cuando fue preso de la enfermedad, cuyo final, nadie mejor que él, avezado médico, conocía. En palabras de Víctor Gallego: «Chéjov analiza la existencia desde parámetros siempre terrenales. Se mueve en todo momento entre dos extremos concluyentes, la vida y la muerte... De ahí que sus relatos y obras



de teatro siempre estén pegados al suelo y que las vicisitudes y circunstancias de sus personajes se nos antojen más cercanas y comprensibles».

Chéjov publica su primer relato en 1880 en una revista cómica de San Petersburgo. Su idea de publicar sus primeros relatos en un volumen que pensaba titular *Travesuras* nunca se llevó a cabo. Aparecieron algunos de ellos en su auténtica primera publicación: *Cuentos de Melpómene*, una autoedición fechada en 1884. Dos años después de la aparición de su primer relato le ofrecen publicar, en esa misma revista denominada *Fragmentos*, una serie de cuentos que serían ilustrados por su hermano Nikolái. A esta época pertenecen *En la barbería* (1883), *La cerilla sueca* (1883), *En el mar* (1883), *Vánka* (1884), *Cirugía* (1884) y *De mal en peor* (1884), entre otros, firmados como Antosha Chejonté y con N. Leikin como editor.

En 1884 termina sus estudios de Medicina a la vez que publica unos 300 relatos cortos y aparece, por entregas, su única novela: *Drama en una cacería*, un relato mayor que algunos han definido como perteneciente al género policíaco. Sorprende tanta actividad, sin duda motivada por las necesidades económicas familiares: cobraba seis kopeks por línea con una extensión máxima limitada. Y eso que ese mismo año, intensísimo como puede imaginarse, le aparecen los primeros síntomas de tuberculosis.

Nada más finalizar sus estudios de Medicina abre consulta en su casa con gran éxito de pacientes de forma inmediata. A los pobres los atiende gratis. Ejerce durante un tiempo en el hospital de Voskresenks como médico municipal y, más tarde, en el de Zrenigorod. No por ello deja de escribir. De aquí en adelante siempre supo aunar su pasión por la literatura con el ejercicio de la medicina, nunca dio de lado a su vocación médica.

Determinante en su carrera fue el viaje que hizo en 1885 a San Petersburgo en el que conoce a Suvorin. Este editor le sube a ¡ocho kopeks la línea!, a la vez que le recomienda dejar su pseudónimo de Chejonté y comenzar a firmar con su auténtico nombre. Su segundo libro, *Relatos abigarrados*, ve la luz en 1886, todavía firmado como Chejonté, integrado por setenta y siete cuentos publicados entre 1883 y 1886. A partir de entonces aparecerá como Antón Chéjov.

En 1887 estrena en Moscú su primera obra teatral: *Ivanov*. Un año después publica *La estepa*, obra con la que consigue el Premio Pushkin, prestigioso galardón literario que le lanza a la fama y le hace considerar, en serio, la literatura. De esta época se le conoce la célebre frase: «La Medicina es mi mujer legal; la Literatura, mi amante». A partir de ahora, más que nunca, Chéjov se verá obligado a seguir escribiendo —la economía manda—, pero siempre intentando conservar la actividad médica. *La estepa* es una novela corta que supuso el reconocimiento de su autor, que hasta entonces solo había publicado relatos cortos, muchos de ellos en revistas cómicas y satíricas. La obra, como dice su subtítulo, narra la historia de un viaje: se trata de un niño de nueve años llamado Yegorushka que atraviesa la estepa rusa camino de la ciudad para estudiar en el instituto. Un nuevo mundo se abre para él nada más abandonar su localidad natal en una calesa en la que viaja en el pescante en compañía de dos vecinos, uno de ellos comerciante y el otro párroco de la iglesia de San Nicolás.

La salud de Chéjov va empeorando por momentos y le recomiendan cambiar de aires. Se traslada a Yalta, en la península de Crimea, donde piensa que el clima le servirá para contener un poco el avance de su tuberculosis pulmonar. Allí, en 1889, escribe alguno de sus relatos más conocidos, entre otros *La*

*dama del perrito*. Durante ese año, en el que muere su hermano Nikolái, se dedica a una actividad casi exclusivamente literaria. Pero en Chéjov parece como si se rebelase el médico que tenía dentro. Su *alter ego*. El doctor Antón Paulovich Chéjov. Se siente en deuda con la Medicina, *con su mujer legal*, utilizando sus propias palabras. Todo médico que se sienta atraído por las letras sufre de esta necesidad de elegir entre una u otra en determinadas ocasiones. Y todos, al igual que Chéjov, intentan aunar Medicina y Literatura en un afán de integración de ambas que no siempre encuentra la comprensión debida. Ya había intentado hacer su tesis doctoral sobre *Historia de la Medicina en Rusia*, pero su proyecto había fracasado, más que por desidia suya por falta de apoyos académicos. Un nuevo intento le asalta la cabeza: hacer un *Estudio epidemiológico y social en Sajalin*.

El 21 de abril de 1890 sale para la isla de Sajalin. Esta isla, situada en el extremo oriental de Siberia, era un lugar de deportación de presos comunes y políticos que vivían en condiciones supuestamente duras. Y digo *supuestamente duras*, porque poco se sabía de ellos, ya que la distancia y las autoridades se encargaban de que la situación se mantuviese así. Dirigiéndose allí, pensó Chéjov saldar su deuda pendiente con la Medicina. Casi tres meses de un complicado periplo lleno de incomodidades y contratiempos duró el trayecto a Sajalin. Llegó el 11 de julio de 1890 tras un penoso viaje que, de no haber sido en estas fechas, le hubiera resultado imposible hacer en invierno. Allí permaneció tres meses y tres días. Inicia su regreso el 13 de octubre y llega a Moscú el 8 de diciembre de 1890.

Las expectativas que tenía Chéjov antes de su partida se quedaron en nada cuando comprobó la realidad de Sajalin. Aquella alejadísima isla era una prisión perfecta en todo su perímetro, en la que las condiciones de vida eran inhumanas y

las posibilidades de huir casi nulas. La única posibilidad de escapar de aquel infierno era a través de las aguas heladas durante el invierno, pero la distancia y la dureza del clima hacían casi imposible llegar a tierra firme antes de que llegara el deshielo y los fugitivos perecían ahogados.

Aquí, en Sajalin, es donde veo al Chéjov más médico y más literato. Antón Chéjov en su esencia, en su más auténtica personalidad. De Moscú sale para Sajalin el Chéjov científico con una gran cantidad de proyectos y estudios epidemiológicos por hacer, pero a Moscú llega el Chéjov literato, humano y humanista que, sin dejar de ser médico, ve cómo crece dentro de sí el hombre comprometido y acusador social. Su obra se divide en dos partes: una primera descriptiva en la que detalla geografía, flora, poblaciones... Y una segunda parte médico-social en la que recoge una gran cantidad de fichas en las que se describen condiciones de vida, alimentación, enfermedades carenciales, morbo-mortalidad...

Nuevamente a su llegada a Moscú surge, por enésima vez, la tan traída y llevada dicotomía entre Medicina y Literatura. Ese aparente desencuentro que todo médico escritor pretende aunar, pero que tan difícil resulta de entender a los profanos de ambas actividades vistas por separado. *La isla de Sajalin*, su supuesta tesis doctoral, es rechazada por la Facultad de Medicina, que ve en ella «una obra literaria más que un texto científico». Los literatos, por su parte, no ven en ella una auténtica novela, sino más bien «un texto descriptivo»... Sin comentarios. Sea como fuere, lo realmente importante fue que, con *La isla de Sajalin*, la sociedad rusa conoció la existencia de ese lugar de deportación en el que sus moradores vivían en condiciones infrahumanas. Gracias a Chéjov surgieron numerosas voces pidiendo la supresión de semejante monstruosidad, y si no se consiguió su desaparición, sí se logró que, a

partir de entonces, mejoraran notablemente las condiciones de vida de los deportados. Dentro de las obvias limitaciones, a partir de Chéjov, Sajalin ya no fue lo mismo.

Un año después, aprovechando una cierta mejoría —más bien, una estabilización— de su enfermedad, estrecha sus lazos de amistad con Suvorin y viaja por Viena, Venecia, Bolonia, Florencia, Roma, Nápoles, Niza y París. A su regreso compra una finca en Mélijovo, setenta kilómetros al sur de Moscú, adonde se traslada con su familia, es decir con sus padres y parte de sus hermanos. Pretende dedicarse más a escribir, pero la actividad médica le persigue o, más bien, se deja perseguir por ella. Valga de ejemplo, si no, el mismo nombre de sus dos perros: Quinina y Bromuro. Es designado por las autoridades como médico responsable para la prevención de una epidemia de cólera que asola el país. Su biógrafa Natalia Ginzburg nos relata la situación: «El patio de su casa estaba siempre lleno de enfermos para que los curara. Él los atendía y no les cobraba porque, decía, “eran campesinos pobres”. A veces se lamentaba: se sentía el último de los médicos, sin dinero, sin un medio de transporte sólido, sin salud, siempre muy cansado». Gracias a sus medidas preventivas en su zona de responsabilidad médica, no hubo ningún enfermo de cólera.

Dos años más tarde (1894) vuelve a Yalta. Se hace construir una caseta de madera que le permita alejarse de visitas y enfermos en demanda de asistencia médica y en ella escribe obras tan importantes como *La gaviota*. Nuevo viaje a Italia (Trieste, nuevamente Venecia, Milán, Nápoles) y recibe la visita de Tolstói. Ambos sentían admiración mutua. Aunque Chéjov queda un poco decepcionado de ciertos comentarios y pensamientos del gran patriarca de las letras rusas. Según Víctor Gallego, «Chéjov era médico de formación y, a diferencia de otros muchos colegas, contemplaba la vida con la mirada

de un científico. Tal vez esa diferencia de formación, y en menor medida su concepción de la existencia, fuera lo que le llevara a separarse paulatinamente de Tolstói, al que profesaba una profunda admiración y que en un determinado momento de su vida le pareció un ejemplo personal». Concluye Víctor Gallego de forma categórica la relación Chéjov-Tolstói: «En cierto modo, la carrera y la vida literaria pueden definirse como un alejamiento progresivo de Tolstói. Relatos como *La dama del perrito* y *La novia*, el último que salió de su pluma, habrían sido impensables si no se hubiera despojado de los pesados ropajes del tolstoísmo». Así de categórico lo afirma este crítico literario.

Nuevamente Tolstói le decepciona. Lo visitó en una clínica del doctor Ostroúmov en la que fue ingresado tras el episodio ocurrido en un restaurante de Moscú, donde cenaba acompañado del editor Suvorin, y en el que fue sorprendido por un gran vómito de sangre. El lugar del suceso y la mirada recelosa del resto de clientes del restaurante supusieron un duro golpe para Chéjov. Al obtuso Tolstói, en su visita a la clínica en la que intentaba reponerse, no se le ocurre más que hablar y hablar de la muerte. Esta falta de tacto en un Chéjov, francamente afectado por el suceso y la mala evolución que tomaba su enfermedad, acabó por poner de manifiesto, aún más, las diferencias entre las mentalidades entre ambos escritores.

No hacía falta ser médico para ser consciente de que la enfermedad iría minando poco a poco su salud y que le quedaban apenas unos pocos años de vida. Chéjov además lo era y, como decíamos anteriormente, siempre tuvo los pies en el suelo. En 1898 compra una casa con finca incluida en Yalta con la finalidad de pasar allí los inviernos. Su salud no es capaz de soportar los duros inviernos de Moscú o San Petersburgo. Ese

mismo año muere su padre, inicia una amistad epistolar con Máximo Gorki y conoce a la actriz Olga Knipper, con la que se casaría tres años más tarde.

Un año después, estrena en Moscú *El tío Vania*. A sus oídos llegan ciertos comentarios acerca de la obra que le hacen sentirse incomprendido. Regresa a Yalta y se refugia en su condición de médico. Busca recursos para la construcción de un sanatorio antituberculoso y, ante la escasez de medios, solo logra edificar un pequeño edificio con capacidad para treinta enfermos. Como si el destino quisiese equilibrar su doble condición de médico y escritor, en 1900 es elegido, junto a Tolstói, miembro de la sección de Letras de la Academia Rusa de las Ciencias.

Con el inicio de siglo, Chéjov se ve más imbuido en el mundo teatral. *El tío Vania* goza ya del beneplácito de la crítica y más tarde se estrena en Moscú *El jardín de los cerezos*. Título, por cierto, mal traducido, según Isabel Vicente. Más que un jardín debería ser un huerto —aunque el origen del vocablo jardín aparece como galicismo en sustitución del anterior nombre de huerto de flores— y no de cerezos. En ese clima no se dan los cerezos, sino los guindos. *El huerto de los guindos*, en definitiva, sería más acertado. Esta obra aborda un tema por entonces emergente en Rusia como es la paulatina importancia de la nueva clase burguesa en detrimento de la vieja aristocracia y el medieval sistema social.

Como *guinda final* en su acaparamiento teatral, Antón se casa el 25 de mayo de 1901 en Moscú con Olga Knipper. Esta primera actriz de sus obras mantiene con Chéjov una relación al principio exclusivamente epistolar y distante que, en dos o tres años, y gracias a la amistad que Olga mantenía con su hermana María, acaba en matrimonio. Pero no deja de resultar curiosa la relación de Antón y Olga. De ella ha quedado sufi-



ciente constancia tras la publicación de sus cartas, donde vemos evolucionar una relación que al principio fue todo lo distante que exigía la corrección de la época y que nunca llegó a ser del todo cercana. Da la impresión de que se sentía *perseguido* por Olga sin que él mostrase el más mínimo interés por ella. De hecho, se ha acusado a veces a Chéjov de misógino. No era así, sin duda. Pero bien es cierto que era consciente de que le quedaba poco tiempo de vida y que tenía que aprovecharlo al máximo para cultivar su obra literaria. Tanto es así que el mismo año en que se casa, hace testamento y, en vez de delegar en Olga, su esposa, deja como heredera a su hermana María. ¿Un acto más de misoginia? ¿De lucidez y de tener los pies en el suelo? Sin duda, podríamos calificar su matrimonio como de conveniencia o, al menos, como falto de interés.

Si Chéjov se dividía entre la Medicina, *su mujer legal*, y la Literatura, *su amante*, en la vida real el último año de su vida se vio claramente apoyado por dos mujeres: una, sin duda, fue Olga, su esposa, y otra María, su hermana. Ante el escepticismo de Chéjov, Olga consigue que Antón acuda a Berlín a ver al doctor Karl Ewald, un médico conocido de su familia y personalidad reconocida en enfermedades pulmonares. De médico a médico, Ewald reconoce que no puede hacer nada por él. El matrimonio Chéjov decide viajar a Badenweiler, un balneario situado en la Selva Negra y allí, en un hotel, muere el 15 de julio de 1904 (2 de julio según el calendario ortodoxo ruso). La reticencia de los médicos a ser estudiados y tratados por sus colegas es una constante que en el caso de Chéjov queda suficientemente demostrada. El médico suele ser lo que sus compañeros califican como un mal enfermo, poco disciplinado y desconfiado con los remedios preconizados por sus colegas.

Merece la pena recordar, por lo anecdótico, ciertos detalles ocurridos en el momento de la muerte de Chéjov y que no